

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV

San José, Costa Rica

1949

Jueves 10 de Febrero

No. 22

Año XXIX — No. 1073



El miedo del tirano

Por Fabián VIDAL

(En *España Nueva*, México, D. F., noviembre de 1948).

Releamos a Tácito. Hay en sus obras un párrafo que dice así, poco más o menos: "En tiempos del Emperador Nerón, deambulaban por las calles y las plazas, en Roma y otras grandes ciudades de Italia, y asimismo por los campos que las rodeaban, soldados de a pie y de a caballo, mezclados con otros mercenarios, de raza germana. Y en éstos, por ser extranjeros, confiaba Nerón sobre todo".

He aquí, lectores, un antecedente histórico de la guardia mora franquista, acuartelada en el Palacio de El Pardo de Madrid...

El italiano Mosso estudió, en un libro famosísimo, el miedo colectivo. Otro eminente italiano, Guglielmo Ferrero, en su obra *El poder*, publicada sólo meses antes de su llorada muerte en el destierro —fué una víctima de Mussolini— ha estudiado el miedo individual de los dictadores. Y escoge, para ello, varios ejemplos memorables. En un capítulo dedicado a Napoleón, prueba que éste ha sido uno de los tiranos más miedosos de los últimos siglos. Y atribuye a ese miedo su perpetuo afán de hacer la guerra.

Citemos algunos párrafos de *El poder*. Valen la pena:

"El hombre es el más miedoso de los seres. Nace lleno de miedo y vive presa de sus terrores. Pero si vive presa de sus terrores, se distingue de los animales en que quiere ser valiente. Entre todas las contradicciones de la naturaleza humana, la contradicción básica podría ser muy bien ésta: "el hombre es un ser miedoso que quiere tener valor e imponerse a sus terrores: los reales y los imaginarios".

Pero veamos. Se precisa establecer una distinción. Hay el hombre vulgar y normal y hay el hombre de primer plano. Muchas veces surge éste en el pináculo, no porque haya merecido su exaltación, sino porque las circunstancias le fueron propicias. Claudio fué elevado al solio de los Césares, que había de deshonorar su esposa Mesalina, porque un pretoriano borracho lo descubrió escondido y temblando detrás de un mueble y en su embriaguez, se le ocurrió llamarle *Imperator*...

También dice Ferrero: "En el origen de toda la historia que se extiende desde 1800 a 1814, hay un exceso de miedo. El miedo que se apodera inmediatamente, desde el primer principio de todos los poderes fundados por un golpe de fuerza". Y agrega: "El terror se apodera del dictador en el mismo instante en que llega al poder, porque lo ha conquistado, violando un principio de legitimidad. Los principios de legitimidad tienen la misión de liberar al poder y a sus súbditos de sus terrores recíprocos, al reemplazar cada vez en sus relaciones la fuerza por el consentimiento. Son, en consecuencia, los pilares de la Civilización, puesto que la Civilización es un esfuerzo para liberar a la Humanidad de los terrores que la atormentan.

zación, puesto que la Civilización es un esfuerzo para liberar a la Humanidad de los terrores que la atormentan.

Pero si en plena civilización es bruscamente violado un principio de legitimidad y el poder es conquistado por un golpe de fuerza, el pueblo recae inmediatamente en el miedo y la barbarie".

¡El miedo y la barbarie! En esas horribles palabras, se resume la situación de la España actual.

A fines de septiembre, uno de los corresponsales en Madrid de la agencia estadounidense *International News Service* (al servicio de Franco, según todos saben), Knokblough, publica en *Novedades* de México un artículo relativo a las precauciones que toma el Caudillo para resguardar su vida, que cree amenazada. Describía El Pardo guarnecido por marroquíes armados hasta los dientes, y sus alrededores recorridos día y noche por guardias civiles y motociclistas que sólo dejan acercarse al Palacio a quienes justifican, con exceso de documentaciones y contraseñas, que son gentes sin sospecha y de franquismo probado. Describía luego los viajes de Franco, sus autos blindados, sus escuadrones de sicarios, ya uniformados, bien vestidos con traje civil, las rondas en las alcantarillas de las vías públicas por las cuales ha de pasar la procesión caudillesca, los registros de bohardillas y sotabancos en centenares de casas, la ocupación por la policía de ventanas, balcones, portales, terrados y azoteas, los convoyes automovilísticos y ferroviarios cuya organización e itinerario se cambia en el último instante y sin que el hecho se conozca ni siquiera por los íntimos, todo el aparato complicado y costosísimo montado en torno de la obesa y menguada humanidad del antiguo comandante del Tercio, ahora adulado y solicitado, ¡ay! por los archimillonarios y estrategias de allende el Bravo, que, como ha dicho un publicista norteamericano, quieren aliarse con el Diablo para salvarse del Infierno...

El autor de *Viento en los olivares*, libro de que se han hecho varias ediciones en inglés, francés y español, hombre sincero y valeroso, que fué Agregado de Prensa de la Embajada estadounidense en Madrid, cuando todavía se peleaba contra Hitler, ha afirmado en varias páginas de su documentadísimo volumen, que el Caudillo tiembla siempre y que todo el mundo lo sabe en España. Esta afirmación no necesita demostraciones. ¿Hubo algún tirano que no haya vivido entre terrores ocultos? ¿Acaso se ignora que tales terrores son ordinariamente la verdadera causa de sus crueldades? No existe nadie más sanguinario y vengativo que el cobarde que ha tenido miedo...

Y el Dictador lo tiene siempre, de día, de noche, acompañado y en soledad, entre aplausos de multitudes alquiladas o abyectas, en el silencio de su dormitorio, a solas con su informe y monstruosa conciencia, que le acusa y a la vez le pone en guardia contra las justas venganzas de los tiranizados.

El *gauleiter* de Dantzig, Raunnich, en su libro *Mis conversaciones con el Führer*, revela que éste era acometido, repentinamente, sobre todo en las horas de la madrugada, de terrores espantosos. Se arrojaba del lecho, gritaba, lloraba, se golpeaba el rostro, veía fantasmas, oía voces infernales, pedía socorro y, al fin, sus servidores, que entraban alarmados, se lo encontraban caído en tierra, estremecido por convulsiones espasmódicas. ¿Que hay almas negras, insensibles e impermeables, que no atraviesa el remordimiento jamás? Es posible. Pero allí donde se mella su flecha, penetra, agudo e irresistible, otro dardo: el dardo buído del miedo al castigo, al castigo que llegará algún día, bajando del Cielo como un rayo invisible...

Releamos también al jesuíta Padre Juan de Mariana. En su tratado *Del rey y de la institución real*, que dedica a Felipe III de Austria, dice:

"Sepa, sin embargo, el Tirano que ha de temer a los que le temen, que puede muy bien encontrar su ruina en los mismos que le sirven como esclavos. Suprimida toda clase de garantías, desarmado el pueblo, condenados los ciudadanos a no poder ejercer las artes liberales, únicas dignas de los hombres libres, ¿cómo podrá al fin sostenerse?" "El Tirano teme para sí de sus vasallos, teme que los mismos que gobierna como enemigos lleguen a arrebatárle su gobierno y sus tesoros. No por otra razón, prohíbe hablar de los negocios públicos, quitándoles, que es ya hasta donde llega la servidumbre, la facultad de hablar libremente y la de oír, la facultad de poder quejarse en medio de los hondo males que les afligen. Como no tiene confianza en sus súbditos, busca su apoyo en la intriga, solicita cuidadosamente la amistad de los príncipes extranjeros a fin de estar preparado a todo evento, compra guardias de otros pueblos de quienes, por ser bárbaros, se fía, muéstrase pródigo para los soldados mercenarios, en los que cree ha de encontrar su escudo".

El erudito hebraico Fabre d'Olivet, en su libro *La Langue hebraïque restituée*, publicado a comienzos del siglo XIX y reimpresso en París en 1922, sostiene que los nombres de Caín y de Abel son simbólicos y encarnan filológicamente dos categorías de hombres, la de los tiranos y la de los siervos. Y escribe estas frases: "Si los súbditos tienen siempre miedo del Poder al que están sometidos, el Poder teme siempre a los súbditos en quienes manda. Caín tiene miedo de Abel, y de ahí que termine por maltratarle y darle muerte".

¿Cuántos millones de Abeles inocentes han sido asesinados, en lo que va de siglo, porque los Caínes europeos han tenido y tienen miedo? En la cifra incalculable, España, ¡ay!, figura con más de un millón de muertos.